

REFORMA SIGLO XXI

APARIENCIAS

■ ■ Juan Manuel Carreño*

Había una vez una bella mujer llamada Natasha. Se decía princesa y virtual heredera de su padre, Balduino III, señor de aquellas comarcas. Ella había aparecido en ese condado, con la ropa hecha jirones, asegurando escapar de unos malhechores. Los alguaciles por más que buscaron no encontraron el menor rastro de ellos.

La gente más relevante se peleaba por invitarla a sus mesas —no todos los días se es visitado por la realeza, se decían—. Se hacían fiestas a diario para contar con su regia presencia, y las modistas no se daban abasto para engrosarle su guardarropa, pagada por los ricos del pueblo. Natasha, como correspondía a su alcurnia, se hospedaba en la suite imperial de la posada más importante, por cortesía del dueño el cual tenían fama de miserable.

—Cuando venga mi padre a encontrarme, le diré lo buenos que han sido conmigo, y él los recompensará al ciento por uno, como dice el Buen Libro. —Los aludidos sólo mostraban sus dientes al imaginar la gran recompensa—. Y como soy la única heredera, cuando sea reina, mandaré conectar el tren hasta este lugar, y les regalaré cien caballos pura sangre del establo real. Ya lo verán.

Ya podemos imaginarnos que todo el pueblo andaba encandilado con esta muchacha “real”. Tanto que recibía la visita de los jóvenes de más relieve para invitarle a un sinfín de saraos. Le llovían flores en su alcoba, y las carrozas peleaban por ser las elegidas en sus paseos vespertinos. Sólo había un muchacho que no compartía de esta algarabía. Le decían Franz y se le tenía por el loco del pueblo. Él le gritaba cada vez que la veía que el rey no tenía hija, y que ella era una impostora, hasta que fue arrestado por órdenes superiores.

El día que partió la joven cargada de regalos, flores, vestidos y joyas en sendos carruajes, jalados por caballos percherones, el pueblo se arremolinó en la calle para despedirla con grandes aplausos, mientras que en la cárcel el loco reía, y su risa aturdía a los carceleros. Ellos, al ver que la princesa se alejaba cada vez más del poblado, dejaron en libertad al muchacho que se internó de inmediato en el bosque.

Cuando se supo la verdad habían transcurrido tres semanas y media. El loco vagaba de un lado para el otro, cuando fue llamado por el principal de la aldea. Éste, junto con sus síndicos, a manera de desagravio ante quien les había advertido —loco o no— de lo que hoy todo el mundo sabía, le ofrecieron ropa nueva y



*Juan Manuel Carreño, Monterrey, Nuevo León, 1954. Es escritor, vendedor y editor de libros y tiene varios premios de cuento en su haber. Sus narraciones se han publicado en los periódicos *El Norte* y *El Porvenir* y en las principales revistas literarias de Monterrey.

una rica comida. Mas el joven no quiso nada y lejos de aceptar los insultó y siguió riéndose en sus caras, siendo remitido de nuevo a la cárcel.

A la mañana siguiente arribó el Rey Balduino III con su séquito de 500 soldados. Pese a comprometerse las autoridades del pueblo a guardar el secreto sobre el asunto de la muchacha, alguien enteró a su majestad de la mascarada.

El soberano pidió ver al único que, siendo un loco se había comportado razonablemente. Cuando llevaron al muchacho a su augusta presencia, dos lágrimas de su regio rostro rodaron al suelo. Era su hijo Estefan a quien tenía enfrente, el cual tenía perdido doce años, y él lo creía difunto. Estefan ahora se encontraba a su lado, sonriente, de la misma forma en la que él se sonreía. Lo estrechó entre sus brazos congratulándose con su gente ante

este hallazgo que ponía fin a su tristeza. Toda la tarde conversó con su hijo, y el joven le enteró de todas sus desventuras.

El pueblo estaba contento de la forma en que había terminado el asunto. El rey sonreía a todas las personas que a su vez le sonreían. Al retirarse, los pobladores hicieron una valla para despedir a su soberano. Al lado del rey, Estefan, su sonriente heredero, lujosamente ataviado agitaba la mano despidiéndose de la turba. A la salida del pueblo el rey dio una orden, y el ejército regresó a matar a sus pobladores.

MORALEJA:

No toda la que te dice que es princesa lo es, y no todos los locos tienen un pasado miserable, sino pregúntale al rey.



Serigrafía del Observatorio Cultural Ciudadano